

La correspondencia militar de tres comandantes dirigida a Francisco de Paula Santander

The military correspondence of three commanders addressed to Francisco de Paula Santander

Por Rodrigo Campuzano Cuartas¹

Resumen: La correspondencia militar sirve, al presente artículo, para estudiar las personalidades de sus autores y las circunstancias históricas en las que la escribieron. Ellos son los oficiales Pedro Fortoul, José María Mantilla y José María Córdova, con su epistolario producido luego del triunfo de la batalla de Boyacá, cuando protagonizaron sus respectivas campañas en el nororiente neogranadino, el Magdalena Medio y Antioquia.

Palabras clave: epistolario, gobierno militar, reclutamiento, armas, recursos económicos, oficiales militares, “godos”, regiones.

Abstract: The military correspondence serves, to the present article, to study the personalities of their authors and the historical circumstances in which they wrote it. They are the officers Pedro Fortoul, Jose Maria Mantilla and Jose Maria Cordova, with their epistolary produced after the triumph of the battle of Boyacá, when they starred in their respective campaigns in the northeastern *Neogranadino*, the Magdalena Medio and Antioquia.

Keywords: Epistolary, military government, recruitment, weapons, economic resources, military officers, “godos”, regions.

¹ Administrador de Negocios (EAFIT), historiador (U. de A.) y Magister en Historia (UNAL Medellín). Docente de Historia de la U. de A. y la UNAL. Investiga sobre el siglo XIX, historia local, cultura, sociedad y política. Miembro de la Asociación Colombiana de Historiadores, Capítulo Antioquia y del Centro de Historia del Municipio de El Retiro. Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia.



Francisco de Paula Santander
(1792-1840)

La Nueva Granada ha estado en un peligro inminente por la invasión que ha sufrido a la vez por seis direcciones, en circunstancias que yo no podía disponer de otros recursos que de hombres desarmados. A tiempo que el ejército del norte se movía hacia Cúcuta y San Cristóbal, [...] una partida enviada de Ocaña ocupó a Cócota de Suratá; una escuadrilla de 11 buques de guerra [...] se acercó a Nare; una columna [...] ocupó a Zaragoza y Remedios, [...]; otra flotilla de cuatro buques entró en el Atrato contra el Chocó, y las tropas de Popayán eran amenazadas por la división de Calzada.² Santander, 1820

Presentación

La correspondencia de los altos oficiales de la guerra de Independencia es una fuente histórica útil para apreciarlos en sus relaciones y comportamientos ante las circunstancias bélicas. En su interior yacen aspectos que, por su abundancia, bien se podrían calificar como un conjunto de opciones que retan el ingenio y los intereses del saber histórico. En Simón Bolívar ha sido examinada mucho más que en Francisco de Paula Santander, y menos en dirección a aquellos oficiales subalternos que les reportaron sus proceder, necesidades y situaciones. Esto último es el caso de la correspondencia que recibió Santander de Pedro Fortoul, José María Mantilla y José María Córdova, y representa un fragmento de los muchos reportes de las actividades de los oficiales desplazados a las regiones para expandir la causa patriota. Bien se hubieran podido elegir otros remitentes, puesto que afortunadamente el académico Roberto Cortázar Toledo tuvo el acierto de compendiar tan inmenso material, testimonio de la extensiva acción ofensiva patriota, pero un poco aleatoriamente se escogió a los mencionados (Cortázar Toledo, 1964).³

Para esta indagación, se han escogido 26 cartas de José María Mantilla fechadas desde el Magdalena Medio entre diciembre 9 de 1819 y enero de 1820; de José María Córdova 18 cartas, en su gran mayoría remitidas desde

² Oficio de Santander a Bolívar, febrero 5 de 1820 (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y Sesquicentenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander, I, 1988, p. 291).

³ “La correspondencia es una valiosa herramienta como fuente para dar cuenta de los avatares del pasado. Si se evalúa como un instrumento de análisis por sí misma escudriñando tanto los detalles más mínimos como los aspectos generales sistematizados y evaluados a la luz de un contexto determinado, sus resultados pueden dar valiosos aportes a la investigación histórica desde los ámbitos político, económico, social y cultural” (Otero Buitrago, 2015, p. 259).

Antioquia, la primera de octubre 19 de 1819 y la última de julio 6 de 1820, y, desde el nororiente neogranadino, las de Pedro Fortoul, con 16 mensajes escritos entre noviembre 29 de 1819 y diciembre 24 de 1821. Son 60 cartas con acciones militares, circunstancias y participantes, fuesen estos oficiales que estuvieron a cargo u otros tantos con los que cada comandante se relacionó; también se refieren en alguna a funcionarios civiles y a las gentes en general. La contrastación entre los tres ilustra la diversidad y afinidades de sus regiones y situaciones bélicas.

Es decir, se trata de un material rico en posibilidades interpretativas que es observado aquí a partir del análisis, el trato hacia el superior, hacia los militares subordinados, hacia otros militares externos al territorio intervenido y hacia el enemigo. Como si fuese poco, de él hacen parte central el reclutamiento con sus logros y dificultades, la obtención de los recursos para los ejércitos y la personalidad militar reflejada en su manera de expresarse ante Santander.

En consecuencia, el objetivo del presente texto es caracterizar el comportamiento militar y el contexto regional de quienes luego de la batalla de Boyacá tuvieron el deber de derrotar al enemigo en tres de las regiones neogranadinas. Dicho propósito bien puede bautizarse como *querer conocer y valorar el momento Reconquistador Patriota Regional*, consistente en la expansión de la guerra a zonas enemigas para establecer un nuevo gobierno sujeto al epicentro santafereño.⁴ El resultado práctico de estos triunfos fue, según el ministro de Guerra y Hacienda, Alejandro Osorio, “una política de militarización”, como sistema más adecuado de gobernar, al considerar que a la Nueva Granada era indispensable darle “una aptitud guerrera [...] (De Boyacá a Cúcuta... 1990, p. 97)”⁵ Es decir, reclutar y formar, combatir, prever cómo adquirir recursos, asumir y fijar los criterios bajo los cuales la población debe continuar viviendo bajo unas condiciones inesperadas y difíciles. Todo ello sumado a restaurar el sistema fiscal y nombrar cabildos leales.

4 En letras de un anónimo granadino de 1820, interesado en elogiar a Bolívar, nacieron “Del mismo Campo de batalla” los regímenes provinciales cual desenlace complementario (EL General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada de 1819, [1820], p. 11).

5 La expresión política de militarización ejercida por Santander lo erigió como un “administrador de la guerra” (Thibaud, 2003, p. 436).

Las subjetividades

Desde el día en que yo me separe de esta capital, entrará vuestra señoría en el ejercicio de sus funciones como vicepresidente. Cuando me haya alejado de estas provincias ejercerá vuestra señoría también la dirección de la guerra en ellas por delegación especial (carta de Bolívar a Santander, Santa Fe, 11 de septiembre de 1819).

José María Mantilla, Pedro Fortoul y José María Córdova fueron personas apropiadas para intervenir en las regiones a las que fueron enviados; afirmación que puede hacerse por estar respaldada en la experiencia que portaban como hombres de la guerra y en el rango militar que tenían al interior de la jerarquía del ejército. Les faltaba, sí, la práctica de ejercer el gobierno de una provincia, un territorio, pero esta falencia se suplió a través de un gobernador político.

Por su parte, Francisco de Paula Santander, ocupado en asegurar el mando del espacio liberado y dirigir el proceso militar de conquistar el resto del territorio en manos enemigas, era igualmente un veterano oficial que, como Mantilla, Fortoul y Córdova, disponía de una hoja de vida con una trayectoria que se extendía al curso de la Primera República. Tampoco había ejercido las tareas gubernamentales que implicaban estar al frente del mando de una jurisdicción política, pero a su lado conformó un cuerpo ministerial y demás funcionarios con los que finalmente pudo superar sus desconocimientos.

Pues bien, el diálogo epistolar que con él establecieron los tres comandantes regionales estuvo provisto de una relación, además de militar, amigable, un carácter que permitió la ampliación del contenido de las cartas, el trato espontáneo y la comunicación de asuntos personales.

El referente principal fue el deber de informar cómo se desarrollaban los asuntos bélicos y el apoyo que requerían para que fuesen favorables. Al ser el destinatario un alto mando del ejército, al nombrarlo se le debía identificar dentro de este estatus y por ello el teniente coronel Córdova utilizó varias expresiones recurrentes en las que resaltase el título indispensable de “General”, con frecuencia precedido de otra de aprecio como “querido”, y a veces añadió la de “amigo”. No dejó tampoco de usar en algunas cartas la de “General de División”, seguida del nombre completo, y cuando el Congreso de Cúcuta nombró vicepresidente a Santander, lo llamó “Excelentísimo Señor Vicepresidente de Cundinamarca”. En cuanto al teniente coronel José María Mantilla, se valió únicamente del encabezado cariñoso de “Mi amado

general”, un trato de confianza y estimación extrema, que pudo contener su origen esquemático entre el subalterno y el superior. Pedro Fortoul, por su parentesco, manifestó la mayor cercanía al tratar a Santander como “Don Pacho” y como “Don Pacho mi querido primo y amigo”.

A los cuatro los unió su condición de neogranadinos en procura de liberar su tierra, un mismo ideal vigente a lo largo de pasadas luchas durante una sacrificada trayectoria. Habían participado en la fracasada causa común de erigir la República, luego huyeron y se refugiaron y aliaron a las fuerzas venezolanas contra la invasión reconquistadora española. Finalmente, con el triunfo de la batalla de Boyacá, habían retornado a su patria, con la grave responsabilidad de cada uno de hacer su respectiva labor militar en sus territorios. En estas condiciones, sus cartas incluyeron, en sus finales, expresiones acordes a sus inicios: mientras Córdova se despidió como “su más íntimo aunque menor de sus amigos” o “su afectísimo amigo, seguro servidor, q. b. s. m.” o “Adiós, mi general, páselo usted y mande a su afectísimo súbdito y amigo que besa sus manos”, etc., otro tanto hizo Mantilla recurriendo a tomarse como un “afectísimo súbdito” o “amantísimo súbdito”, o “apasionado súbdito”. Por último, Fortoul no se quedó atrás para apreciarse como “afectísimo” o “amante” o “invariable” primo y amigo.

No faltó en uno que otro contenido el humor burlesco, la referencia irónica, el alarde, en especial en Fortoul. Este ejemplo lo ilustra, y consistió en la comparación de los muchos compromisos de Santander, por “los arreglos de armisticio”, y de Fortoul, en el Socorro a comienzos de enero de 1820: “Yo también he estado muy ocupado viendo toros, comedias, fandangos [...]” (Cortázar, VI, p. 55). O en Córdova: “Ojalá fuera más llanero, no para correr y darme otra maldita caída, sino para echar mucha lanza a derecha e izquierda la estilo del *I.º de Páez*” (Cortázar, V, p. 41). También aparecieron las manifestaciones con su doble sentido en Mantilla: “[...] estoy muy pobre y el sueldito no alcanza, hay mucho qué hacer, no hay lugar para pensar buscar otra cosa, y no me atrevo a robarle a nadie cosa alguna: dígame que hago” (Cortázar, VII, p. 176).

La informalidad en los mensajes estuvo dirigida a hacerlos agradables para incidir en el ánimo del destinatario, ya fuese por simpatía, por lograr algo, por despertar interés o por hacer más llevaderas las dificultades y demás

hechos de la vida militar. Simplemente era una doble faz de su cara externa de rigidez, porque, al fin y al cabo, contenía el componente humano que al interrelacionarse había concretado vínculos de trazos horizontales y no únicamente verticales.

Observándose tanto a Fortoul como a Mantilla, se advierte que aprovecharon el poder que tenían e hicieron recomendaciones de nombramientos bajo la cualidad básica de patriotismo auténtico. Este proceder hacía parte de su acceso al dominio sobre los cargos públicos de una provincia, algo que no tenían previamente en sus desempeños militares. Dos caras convergentes se presentaron en su caso, la de construir la red de poder político fiel a la causa y la de lograr favorecer a alguien por su relación personal. En el caso del pedido para que el presbítero José Ignacio Martínez fuese nombrado párroco de la villa de Bucaramanga al ser “hijo del país, muy querido de todo este vecindario, y en su casa hasta las gallinas, perros y gatos son patriotas”, parecieron coincidentes las dos caras.⁶ En cambio, la pretensión de beneficiar un entorno familiar figuró en la solicitud de Mantilla, al sugerir que se nombrase a su hermano administrador de Alcabalas de Mompos.

En otro sentido, al igual de Córdoba, Fortoul no se quejó del exceso de trabajo al ser militares bien convencidos de que lo que realizaban era su deber. Sus conductas siempre fueron imponerse a toda costa sin miramientos de por medio; Córdoba, en particular, no se sentía bien estando militarmente inactivo y Fortoul escribió diciendo: “Yo tengo bastante carácter para sostener, no digo este batallón, sino el ejército de Jérjes” (Cortázar, VI, p. 74). En suma, personalidades propias de un militar compenetrado con su oficio, su institución, su proyecto bélico y no propenso a quejarse al superior por las obligaciones asignadas.

La personalidad de Mantilla presenta ligeras diferencias respecto a los anteriores, por ser un dubitativo comandante que tuvo que consultar lo hecho para ser ratificado y presentar una insistente solicitud de ser enviado a tierra conocida y sana, lo cual incluyó su intención de complacer a su jefe con sus actos: “[...]”

⁶ En carta posterior se refirió a la solicitud aclarándola: no era falso lo dicho, pero lo había escrito “por salir de él” y para evitar que solicitudes como esa desagradaran a Santander, en el futuro le pidió que las asuma como “expresiones de cariño” y no como obligantes. Así, afirmó, no quedaba mal con solicitantes y no se le acusaría de “despotismo” (Cortázar, VI, pp. 60, 77).

aunque no recibiera otra utilidad en derrotar a los godos que la de tenerlo a grato, los derrotaría todas las tardes [...]” (Cortázar, VII, pp. 169, 175, 181). Como ellos, compartió el criterio según el cual era su deber informar los hechos, circunstancias y opiniones; una obvia obligación del militar hacia el superior, aspecto que, unido a la confianza en el otro y la buena relación, hizo que lo dicho fuese más espontáneo y el juicio u opinión propia más libre.

El deber que debe ser cumplido

Este pueblo muerto para el mundo político ha revivido bajo un sistema militar (*Gaceta de Santa Fe de Bogotá*, N.º 4, 5, 1819, pp. 14-18).

Para un comandante, que arribó procedente de la batalla de Boyacá, conquistar un territorio provincial fue un complejo problema, debido a la diversidad de aspectos involucrados al encontrarse ante un espacio habitado por población civil que debía ser intervenida y por enemigos que debían ser derrotados. Previamente, no se había desempeñado en esas labores y debía proceder según el mandato que lo nombró, con su propio conocimiento, criterio, creatividad y agilidad. Lo primero era preparar el lugar para que estuviese listo para combatir, reunir los recursos necesarios que requirieran el sostenimiento de sus hombres, restaurar el gobierno civil y constituir la nueva Hacienda Pública. Además, le correspondía reprimir a civiles que habían sido enemigos de su causa y renovar los cabildos con capitulares leales. Sobre todo, debía mantener una activa comunicación con el Gobierno Central, a fin de tenerlo al tanto del acontecer de la provincia y recibir de él nuevas órdenes, aclaraciones y ayudas. Al fin y al cabo, era un delegado militar en quien se había confiado, en su capacidad, y se esperaba que tuviese la iniciativa suficiente para un desempeño exitoso.

En los casos de Mantilla y Córdova, todo lo anterior ocurrió bajo situaciones y comportamientos no iguales, afectados por las fisonomías de sus regiones y respecto a su estado de incorporación al régimen patriota y al peligro de perderse. En el de Fortoul, el nordeste neogranadino ya había sido tomado y, al contar con gobernantes, su deber fue más específico, se dedicó esencialmente a reclutar para que nuevas tropas marcharan a distintos frentes de la confrontación, en especial al sur de la Nueva Granada y hacia Venezuela.⁷

⁷ En efecto, aunque José María Córdova y José María Mantilla arribaron a territorios para conquistar, erigir un gobierno y enfrentar la reacción enemiga, una salvedad

La tarea de construir ejércitos

He hecho venir a Vallejo [...] y me dice que no hay esperanzas de juntar gente ni de sostenerla porque no se halla en todo aquello ni un plátano a lo que se agrega habersele enfermado hoy dos oficiales subalternos de la compañía, de suerte que allí es imposible disciplinarla (carta de José María Mantilla a Santander, Honda, 29 de marzo de 1820).

La coincidencia de que los tres comandantes dedicaran sus esfuerzos a la formación de nuevos contingentes indica que llegaron a sus territorios tanto para liberarlos o, si ya lo estaban, para hacer que la población tuviese el deber de sostener el ejército, acrecentarlo y reponerlo en sus pérdidas humanas.⁸ No de otra forma fue previsto por Bolívar y Santander avanzar sobre el espacio neogranadino en manos enemigas con variados frentes, donde el combate fue casi simultáneo a la conscripción. La implicación de concebir la lucha así fue ocasionar enfrentamientos que, como consecuencia del apremio bélico existente, se cumplieran entre tropas donde la gran mayoría de sus hombres eran inexpertos soldados que, más que entrenados para serlo, aprendieron su oficio en el campo de batalla.⁹

En cuanto al reclutamiento en sí, las regiones ofrecieron diferentes posibilidades para formar sus ejércitos, y una de ellas, el Magdalena Medio, se caracterizó por sus problemas. Lo indica el hecho de que Mantilla, al comenzar el año 1820, quiso reunir 400 hombres, valiéndose de los jueces y curas a quienes pidió ser discretos respecto a sus “estrechas órdenes”. No se le respetó la intención de no alarmar a los vecindarios, y muchos huyeron como una reacción acorde al temor de ser vinculados a la guerra. Sin darse por vencido, dispuso que los padres debían

hay que hacer: Mantilla propiamente no se vio obligado a incorporar la totalidad del Magdalena Medio, sino a impedir la agresión que pretendió ocuparlo al avanzar desde el Bajo Magdalena.

- 8 No solo debía el ejército proveerse de nuevos integrantes de forma constante; también fue necesario crearse “un depósito de hombres”. Con relación a las circunscripciones del Socorro y Tunja, por ejemplo, Bolívar dispuso que para ese “depósito” “[...] se hará una recluta de mil” en cada una (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y Sesquicentenario de la Muerte del General Francisco de Paula Santander, I, 1988, p. 140).
- 9 “En 1820, se crearon así, con los nuevos reclutas de la República, muchas nuevas unidades de infantería y de caballería. Recordemos que el Ejército Patriota pasa de 7.000 a 20.000 soldados en menos de un año” (Thibaud, 2003, p. 456). El incremento provino del conjunto de provincias ocupadas por las tropas patrióticas.

entregar a sus hijos bajo la amenaza de ir por ellos y traerlos presos, y a su vez encarceló a varios alcaldes por su tendenciosa actitud hablantina. La situación incluyó otro agravante, estar propiciada por el mal comportamiento de oficiales y un desesperado comandante que, ante su superior, se consideraba ya incapaz de reformar sus conductas:

Todo desertor lleva carrera de baqueta y ha habido hombre que se ha chupado 2400 azotes por tres deserciones, y a pesar de esto, la deserción no se ha podido contener [...] He amenazado terriblemente a los oficiales [...] he puesto la gente en el convento de San Francisco; pero, señor, con hombres tan malos como los oficiales que tenemos, ningún jefe que los mande podrá tener honra.¹⁰

¡Qué difícil fue su tarea por entonces, oponiéndose a tanta resistencia por parte de quienes eran agentes directos en reclutar hombres y educarlos en el oficio militar! Bien debió tener una voluntad férrea para no ser vencido en una circunstancia así, en la que, al parecer, sus oficiales “se aconsejan para proceder mal y abandonarse, y cuando el mal es general eso es difícil evitarlo porque no se puede castigar”. Agregó además que “Todos ellos creo que han venido por castigo, y aún se corre la voz [de] que usted amenaza [a] los oficiales que se porten mal con que los mandará al Magdalena, y todo ayuda”.

En el nororiente neogranadino, Fortoul también usó expresiones críticas por falta de colaboración a sus propósitos: “[...] estos condenados pueblos necesitan de que los godos entren 70 millones de veces en ellos y les degüellen tres cuartas partes de su familia [...] para que la otra se decida siquiera la mitad en favor de la defensa pública”. Al igual que Mantilla, su reacción fue endurecer su posición para no ser vencido por la adversidad: “[...] conmigo no hay arbitrio: o se van a los infiernos, a los godos, o a los montes, o todo hombre soltero es un soldado para que la patria no se pierda pendejamente como en el año 16” (Cortázar, VI, p. 53).

Por encima de la consideración hacia la población, estuvo el mandato que estos comandantes regionales debían cumplir, simbolizado en las palabras:

10 Poco antes había escrito Mantilla: “Anoche vino Camacho a ajustar cuenta con el tesoro y traía calenturas, aunque me lo ocultó porque yo no creyese algo, supuesto que solo he dicho la orden de marcha, temeroso de que deserte todo el batallón y se enfermen todos estos calaveras oficiales que me ha mandado, que nos tiene locos, locos a todo el mundo porque son terribles e incapaces de ser buenos, aunque les maten y resuciten” (Cortázar, VII, pp. 164, 190).

“defensa de la patria”, y, en consecuencia, no valieron ni súplicas ni resistencias. Con solo leer este fragmento del mencionado Fortoul, en una carta escrita en junio 6 de 1821, se puede apreciar que la soberanía no le había llegado al pueblo, sino al mando militar:

Dudo bastante completar las dos compañías con solteros, porque ya estos diablos no se encuentran, pues a pesar de mi determinación sultánica contra los partidarios de los pueblos, es increíble el trabajo que me han costado las últimas reclutas [...] puedo asegurarle que por mí ojalá el Ejército del Sur lo pusiéramos de 6000 hombres sin faltar uno solo (Cortázar, VI, p. 71).¹¹

¿Y qué situación resultó de dichas actitudes contrarias entre los comandantes y vecindarios? La imposición de la militarización regional de la vida civil, entendiéndose con esta expresión el vincularlos a la guerra, fuese mediante la extracción de integrantes, fuese a través de contribuciones. Ni durante la construcción de la Primera República ni con los tres años del restablecimiento del Gobierno español la situación fue más exigente ante circunstancias intempestivas que en las que se encontraron. Todos los experimentaron, más llevaderas para unos, los que creyeron los propósitos políticos llegados y, con más rigor, para los que dudaban de las virtudes que se les empezaron a anunciar sobre la causa patriota o los que en su fuero interno le eran contrarios.

Un caso, en apariencia especial, fue el reclutamiento antioqueño donde Córdoba no hizo observaciones negativas ante Santander sobre la reacción contraria de los habitantes. Se podría suponer que, si no las incluyó, fue porque a su contundente exigencia la acompañó la aceptación en general de los vecindarios, donde solo existieron los pocos ruegos infructuosos de algunas madres viudas que pidieron que no se enganchara a su hijo. Aun así, la problemática de la fuga de reclutas estuvo presente, puesto que luego de la derrota de Warleta, Córdoba, en marzo de 1820, consideró necesario tomar medidas contra “la criminal desertión”, porque gravitaba sobre “la vida e intereses” de los antioqueños. Consistieron en ofrecer \$50 y \$25 de gratificación por la entrega y denuncia respectivamente, dada en un mes en

11 La palabra *partidarios* se refiere al uso que los alcaldes dan a los partidos como ejecutantes de sus órdenes de reclutar en sus vecindarios. La alusión a estas órdenes como “sultánicas” tiene el sentido de ser terminantes y amenazantes. “El Ejército del Sur” es la denominación del conjunto de tropas destinadas a la conquista de la Gobernación de Popayán y a continuación del fortín realista de Pasto.

que adelantaba nuevos alistamientos, esta vez no con la intención de defender su provincia, sino para emprender su campaña en la Costa Atlántica. Al tenerse en cuenta la expectativa que ella debió significar para los afectados en la forzosa convocatoria, es de suponer que el atractivo no fuese tanto por el desarraigo y el peligro que representaba para sus participantes.

En efecto, en uno u otro lado, cualquiera que fuese una de las tres regiones consideradas, de forma diferencial ante la exigencia de ser reclutado, se produjo la réplica de la desertión tanto al momento de la conscripción como durante la permanencia en los cuarteles y en los desplazamientos, como si fuese una contingencia de ninguna manera novedosa, sino connatural a los ejércitos de ambos bandos a lo largo del proceso militar. Para ellos, fue un verdadero lastre que se compensó con la continuidad de las levas y con medidas de control y sanción. No bastó la formación ideológica y normativa con la que se introducía al individuo a la vida militar, pues fue necesaria su vigilancia constante, los contingentes provistos de escoltas al marchar, las “filiaciones”, y hasta el fusilamiento y los azotes al infractor fueron empleados.

En buena medida, el motivo esencial de quienes se resistieron a su vinculación al ejército fue presentir el peligro que conllevaba la guerra y no estar convencidos de los ideales que debían defender. Además de ambos factores, hubo motivos específicos, que pudieron ser la manera como se organizó el contingente, un trato demasiado rudo y quizás otros más (Rabinovich, 2011, pp. 22, 21). A todos ellos replicó el gobierno militar, desde el precepto de existir una resistencia al cumplimiento de un deber, el asignado al conglomerado social considerado moralmente obligado a defender la causa política establecida. El resultado específico de la doble interpretación fue el mutuo perjuicio, por un lado, el desarraigo del desertor, por el otro, la pérdida de contingentes, del esfuerzo por formarlo y de la incidencia en los demás soldados.

Sí, el peso social del reclutamiento sobre el bienestar de la gente fue grande, pero no fue lo único, a ello se adicionaron otras obligaciones. Se refirieron a su aporte para sostener a los ejércitos con alimentos, cuya procedencia no podía ser otra que las economías agrarias y ganaderas circundantes. Por ser predominantemente de autoconsumo, la carga que les significó conllevó una sensible dificultad, tanto por ser una demanda apreciable e intempestiva como por la misma extracción de mano de obra que implicó el reclutamiento.

Adicionalmente, tras de sí, estos tiempos eran la continuación de una larga inestabilidad, causada por la misma alteración política y su efecto sobre el transcurrir cotidiano del campo.

En cada una de las regiones, su respectivo proceso no estuvo aislado, sino intercomunicado con el ocurrido en territorios próximos, a veces con nexos no siempre agradables por su efecto perturbador con la misión asignada o prevista por su comandante. Un ejemplo sirve para clarificar el punto: “Trabajo incesantemente para fomentar la escuadrilla —escribió Mantilla a Santander— y si no fuera por tantos quehaceres y tanto que me previene respecto de marcha de tropas para Antioquia y Concha, marcharía a Simití a organizar y levantar aquello”. Que su deseo de salir de Honda hacia Simití se viese interferido por preparar tropas para enviar a otros lugares fue porque en Simití existía un peligro a su jurisdicción y consideró que directamente debía responder. Directamente, porque su otra posibilidad era el teniente coronel Hermógenes Maza, a quien valoró como un militar llegado a sus predios, pero incapaz, pues a su criterio no tenía el “carácter para levantar un pueblo ni tomar u organizar, que es lo que se necesita en el río” (Cortázar VI, p. 178).

Tratar a Maza de esta forma, y señalar ante Santander la interferencia de un propósito debido a su mandato, indica la franqueza con que se le escribió por parte de los tres comandantes. Expresarse así no era insubordinación ni irrespeto, sino una expresión usual al interior de las relaciones militares, destacable por la misma razón de ser corriente y, en ello, contener un significado respecto a la personalidad histórica del entramado y la dinámica de la institución llamada ejército.

Al ser el Magdalena Medio un paso obligado hacia Antioquia y sus territorios vecinos, en sus campañas se crearon vínculos estrechos. Por Honda pasó el relevo en el gobierno de Córdoba y todo apoyo militar procedente de la capital, en la misma medida que cruzó por el puerto la activa correspondencia y el bien resguardado dinero que a Córdoba se le ordenó enviar a Santa Fe.

Al comenzar el año 20, a Fortoul se le presentó otra situación en Ocaña que, igual, sirve para ilustrar dicha manera de ser del mandatario castrense regional ante el comportamiento de otro comandante. Operaba una agresiva guerrilla realista denominada “la compañía de los Colorados”, y arribó a sus dominios un oficial subordinado de Fortoul y se encontró con otro que ejecutaba la

campana dispuesta por Mantilla en el Magdalena. Este le entregó una orden de su jefe que le mandaba pasar a unirse a dicha campana del río, según una presunta disposición de Santander. El hecho “me calentó bastante”, le escribió Fortoul a su primo al exponer que no creía tal mandato por no ser un conducto regular. A su manera de ver, Mantilla se entrometía y superponía a su autoridad, y si el ejército así era manejado, consideró que habría “diez mil desórdenes y el diablo cargaría con la patria” (Cortázar, VI, pp. 58, 59).

Este último tema no dejó de generar diferencias de criterio al corresponder a la defensa de dos intervenciones militares, en las cuales se privilegió lo de cada uno, pero sin querer ello decir que no dejó de estar siempre presente la colaboración. Esta contraparte de la discrepancia estuvo presente entre Mantilla y Córdoba, unidos por la vecindad de sus territorios, el envío de fusiles y de tabaco. Precisamente, esta importante renta fiscal fue indispensable para que el tabaco se vendiese en Antioquia como un mercado aportante al sostenimiento de los gastos militares. Pero, así como era indispensable el abastecimiento desde una región a la otra, su regularidad no fue la que Córdoba deseó, así como tampoco de su parte hacia Honda los pagos oportunos; lo dicen los reclamos llegados a Santander.¹²

La necesidad de tener oficiales

[...] he de levantar el escuadrón que le he dicho para el que le pido un jefe de instrucción, ojalá de ahí mismo me mande usted el comandante, un ayudante y un par de sargentos con el estandarte (carta de Pedro Fortoul a Santander, Socorro, enero 8 de 1820).

La formación de nuevas tropas y la confrontación al enemigo requirió disponer de oficiales al frente de ellas para prepararlas y dirigirlas, mientras que los comandantes regionales se desempeñaron como directores del proceso de construcción militar y administrativo regional. Dos aspectos resaltan en esta división de responsabilidades, los oficiales subalternos en su labor fundamental y los comandantes pendientes de los resultados que lograsen; si se presentaban deficiencias, se intervenía, y una de ellas fue

12 “Usted tendrá paciencia con estas cartas tan molestas, pero si Córdoba me acusa y no contesto, usted me tendrá por abandonado y que no lleno mis deberes”. Otro motivo de roces fue la colocación de un contingente militar en el Carare: “El comandante general de Mariquita es muy buen hombre, pero me está moliendo con que mande hombres y raciones a Carare para aquellas fortificaciones, él quiere llevar la fama, y pudiendo con la mayor facilidad mandar víveres no quiere hacer nada [...]” (Cortázar, VII, p. 188 y V, pp. 34-35).

no disponer de suficiente cantidad de oficiales en momentos en que sí fue indispensable acrecentar la fuerza militar. La circunstancia se refleja en la correspondencia de Fortoul y Mantilla a través de sucesivas solicitudes a Santander para que de la capital Santa Fe se les enviase, mientras que en la de Córdoba brilla por su ausencia.¹³

Respecto a las relaciones que se formaron entre los comandantes y sus oficiales, las correspondencias dan cuenta de diversos comportamientos: Mantilla los empleó sobre todo en la guerra, Fortoul esencialmente para el reclutamiento y formación de tropas, y Córdoba presentó un manejo equilibrado en ambos sentidos. Por supuesto, Santander se mantuvo atento a dichos desempeños y dispuesto en lo posible a suplir las carencias según se le expusieron y consideró importantes. Aconteció que suministrar oficiales y soldados veteranos para preparar a los reclutas y dirigir tropas no podía ser tan oportuno como desde las regiones se le urgió, porque tampoco dispuso de ellos en la abundancia suficiente. Es entendible al tenerse presente que había que responder a diversos lugares, en un momento histórico de extensiva campaña y confrontación en un vasto territorio.

En el Magdalena Medio, la menor cantidad de tropa requerida hizo que Mantilla no se refiriese al tema de solicitar envío de oficiales con frecuencia y, cuando lo hizo, recibió personas con comportamientos no siempre rectos y acordes a ser un buen oficial. Sobre sus complicaciones escribió: “[...] me está echado mucho oficial calavera, que tanto perjudican, sean valientes, pues lo que ganan con las armas lo pierden su maldito proceder y tropelías, robos, etc.” (Cortázar, VII, pp. 175, 176). Lidar con este tipo de oficiales afectó sus relaciones con los vecindarios que los padecían y la anomalía fue un mal ejemplo al soldado y recluta.¹⁴

13 Bien es posible advertir que, bajo esta condición favorable, pudo formar cuatro compañías y adicionalmente dispuso oficiales con soldados para enviar al Chocó, Zaragoza, Remedios y Riosucio.

14 No se sabe qué tanto esta alusión particular alcanzó a ser relativamente frecuente en tan amplio y diverso espectro militar, pero es supponible que un oficial al pasar de estar dentro de las condiciones restrictivas del ejército a tener la atribución de intervenir sobre el común de las gentes tratase de aprovechar su condición para su beneficio personal. Un ingrediente propio del Magdalena Medio permite apreciar que los mandos enviados allí no eran los oficiales de mejor conducta y que su comportamiento propiciase el grave problema de la desertión. Lo dice una de las cartas de Mantilla, ya citada: “Todos ellos creo

Respecto a Fortoul, se puede apreciar la disponibilidad de oficiales al ocupar un espacio atravesado por cabos sargentos y soldados veteranos, tenientes y subtenientes que iban o venían de Venezuela. No obstante, constan en sus cartas solicitudes como la siguiente:

Con motivo de enviar el estado del 30 [...] sale esta posta [...] instándole por los dos oficiales o más, y los cabos y sargentos y aún algunos soldados veteranos, pues, como le he dicho [...] con los pocos oficiales que hay y el pequeño cuadro, jamás podré disciplinar el batallón de 1.000 plazas como muy bien lo sabe usted mejor que yo (Cortázar, VI, p. 73).

Es decir, se desempeñó en la región que más necesitó oficiales, debido a la cantidad de tropas que en ella se formó. Además, hay que advertir que no se construyó un único cuerpo militar, sino varios, y en cada uno se necesitó que tuviesen su respectiva cúpula. El apremio era grande, y al afán respondió el comportamiento de Fortoul con sus contingentes destinados a otros lugares, allí donde Bolívar y Santander definieron. Otra cosa fue la consolidación formativa de sus tropas y el grado de su dotación, tareas cumplidas lo mejor posible, y, además de ejercicios preparatorios físicos y verbales, la estructuración ideológica. Como se realizó contra el tiempo, no debió ir más allá de considerarse aceptable, lo que en otras palabras sería lo menos precario.

La importancia del fusil

El champán con los fusiles llega dentro de cuatro días, que muy bien hay tiempo de que me diga lo que hago al fin con ellos, pues todo queda listo, para que vuelen a Ibagué” (carta de José María Mantilla a Santander, Honda, febrero 5 de 1820).

¿Y con qué armamento y dotación se luchó en estas regiones? Al examinarse la correspondencia de sus jefes militares, resalta que dependieron de un difícil suministro, en el sentido de la insistencia con que lo demandaron y lo complejo que debió ser para Santander atender los pedidos, debido a los materiales de los que pudo disponer. Bastantes ejemplos se podrían extraer respecto a las peticiones hechas: “Vuelvo a instar a Usía nuevamente sobre las armas y pertrechos que le tengo pedidos en mis últimos oficios, pues la escasez de este artículo es demasiado en mi escuadrón”. Así se expresó el 22 de septiembre de 1819 Mantilla y cuatro meses luego lo mismo: “[...]

que han venido por castigo, y aún se corre la voz de que usted amenaza a los oficiales que se porten mal con que los mandará al Magdalena, y todo ayuda” (Cortázar, VII, p. 190).

me es de absoluta necesidad que me mande usted alguna plata, piedras de chispa, cartuchos de fusil y algunas municiones para cañón de a cuatro, pues batiéndose Maíz se necesitan, o para reponer las que gaste o, en caso de adversidad, para defender la Angostura” (Cortázar, VII, pp. 158, 200). Es de resaltar su situación tensa; la urgencia de impedir que avanzase hacia él la amenaza fluvial realista, el afán de construir rápido buques de guerra y con su “escuadrilla” ir a atacarla.¹⁵

La deficitaria condición de esta región, contrastante con su importancia estratégica, implicó sostener la costosa guerra fluvial, debido a su especialidad de tener artillería y buques, más una adicional tropa de tierra.¹⁶ Es decir, conllevó construir y reparar embarcaciones, cañones, disponer de su munición voluminosa y sostener las fortificaciones río abajo de Honda en la Angostura para establecer una barrera que protegía el puerto. En suma, Mantilla fue un activo ejecutor y a su vez receptor de necesidades llevadas por sus oficiales o apreciadas por él mismo, para, a su vez, ser un peticionario y un distribuidor, pues “Nuestra pobreza nos abrumba y es necesario hacer grandes gastos en la escuadrilla”.

En cambio, por parte de Córdova no fue tan tensa su necesidad, porque recibió un oportuno apoyo cuando más lo necesitó al comenzar el año 20. Mantilla, al comenzar febrero, lo abasteció de fusiles producto del botín de la derrota del enemigo, que alcanzó su enviado el teniente José Antonio Maíz.¹⁷ Para ambos, la guerra en sus inmediaciones había terminado con los combates de Chorros Blancos y la derrota fluvial realista del 23 de enero

15 La munición que más requirió en sus mensajes fue la metralla que empleó en “el cañón de a cuatro”, más funcional que el de “a doce”, tanto que en determinado momento dispuso que, de 30 tiros del último, en su maestranza se sacaran 90 para el primero.

16 En el acápite que encabeza el artículo aquí presentado se puede apreciar que la incursión realista por el Magdalena era un componente de un plan agresivo de seis incursiones para retomar territorios perdidos recientemente. Además, para Santander defender el puerto de Honda como acceso estratégico de intercomunicación era indispensable porque perdiéndolo tendría al enemigo muy próximo a Santa Fe y con acceso hacia Antioquia, Magdalena abajo al sur a Neiva e igual con dirección a la Provincia de Popayán.

17 “Acabo de recibir del comandante de Nare 96 fusiles y 100 bayonetas y me comunica que al momento los dirija a la provincia y en el momento se han presentado 15 peones del comercio y he tenido a bien que esto siguieran [...]”. Notificación del bodeguero de este puerto (Archivo Histórico de Antioquia, 905 13946 ff. 10-11).

en el río Magdalena.¹⁸ Por lo tanto, la necesidad de disponer de más armas también había finiquitado.

De todas formas, la muy trascendente tarea de suministro de fusiles de Santander a sus comandantes dependió de que le llegasen; una espera que le hizo vivir una situación apremiante debido a las urgencias de la campaña militar. Las tropas en las regiones se desarrollaron como pudieron con lo que había, mientras les llegaban las ansiadas armas de fuego. Eran varios los frentes solicitantes y diversos los peligros. Indicativo de sus apuros es una carta dirigida por Santander a Bolívar el 20 de enero de 1820, cuando por entonces se había presentado una reacción realista simultánea en varios puntos. La intensidad de la situación lo dicen sus palabras:

[...] inferirá vuestra excelencia los apuros en que me estoy viendo no porque invadan todos los puntos descubiertos, sino porque en razón de ser multiplicados y teniendo pocos fusiles, somos débiles en todos ellos. Esto solo sirve para dar [...] una idea del estado actual del país, de la extrema y absoluta necesidad de fusiles y del aumento de gastos que son de hacerse, pero no de que la Nueva Granada vuelva a sucumbir, sin que antes yo haga, si es necesario, morir a la mitad de sus habitantes, defendiendo el territorio para que la otra mitad sea libre (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio... I, p. 277).

En tan expresivo texto, resalta la importancia del fusil como factor determinante de la seguridad o inseguridad del territorio. El vicepresidente necesitaba dinero y armas de fuego que no podía suministrar la exhausta Venezuela, y el recurso fue el fondo monetario de la Nueva Granada. Y es que aconteció que la dotación de fusiles provino en gran parte de su importación a través de difíciles transacciones, en las que, entre otros, Francisco Antonio Zea figuró como agente apremiado por Bolívar y Santander, para que agilizase sus remisiones. A ello se añadió el largo recorrido externo e interno del cargamento, con una circulación por muchas manos y lugares antes de llegar a las del soldado.¹⁹ Por lo tanto, no es de sorprender que los oficiales que le

18 El triunfo de Maíz fue un logro significativo previo a la caída de Warleta en Antioquia y complementario a ella por hacer fracasar dos de las incursiones del intento de reconquista que planificó el virrey Sámano en Cartagena.

19 “Con fusiles ¿qué se querría hacer que no se hiciese? Para el 22 de corriente voy a despachar un Correo a Guayana apurando en extremo a Zea por armas, y daré razón de la marcha de usted” (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio... I, p. 155). Transcurría el día 22 de octubre de 1819, un poco más de tres meses de

habían enseñado su uso debían infundirle al mismo tiempo unas normas para cuidar y mantener su arma en el mejor estado posible.

Pero la suerte de un fusil dependió de su uso, y este, del desempeño de quien lo portaba en la guerra, en los desplazamientos y en los preparativos, ocasiones propicias para deteriorarlo y perderlo, aspectos que incidieron en que se diera una incesante necesidad de repararlo y de adquirirlo. Por lo tanto, siendo insuficiente la adquisición por compra, una fuente adicional fue el poderlo capturar al derrotarse al enemigo.

De las tres regiones en consideración, el Magdalena Medio es la única en la que la correspondencia destaca esta circunstancia, con la particularidad de ocurrir en una batalla naval muy importante a finales de enero de 1820, cuando se logró el dominio pleno de esta central porción del río. La consiguió, no Mantilla, sino su enviado, el teniente José Antonio Maíz en el sitio llamado el Peñol de Barbacoas. El gran botín bélico fue bien particular, por incluir embarcaciones, armamento y otros elementos curiosos e ilustrativos sobre cómo estuvo provista una flotilla en esos momentos. Así fue reportado a Santander: “dos buques de guerra” y dos más hundidos, “nueve de transporte”, alrededor de 600 fusiles, pertrechos, “tres champanes grandes” equipados, “su hospital, botiquín, una caja de guerra, los libros del cirujano, los hábitos y breviario del capellán, dos barquetones llenos de aves, cerdos y chivos” (Cortázar, VII, p. 174).²⁰

En este evento, la parte sustancial de la misión por la cual Mantilla había sido enviado al Magdalena Medio prácticamente estuvo cumplida y con la adición de un botín que le sirvió hasta para que 200 fusiles los remitiera al necesitado Córdova, debido a su apremiante amenaza y a la precariedad armamentista. A su vez, otros tantos deteriorados fusiles terminaron en la maestranza de Honda, el taller integral donde los artesanos y sus aprendices los recibieron, con el agravante de trabajar en ellos, cuando sus conocimientos

permanecer en Santa Fe y habiendo partido Bolívar en su viaje a Venezuela, cuando Santander aludió a su precaria condición armamentista y el recurso que tenía para tratar de mejorarla. El suministro procedía de muy lejos, de Guayana y hacia ella del exterior de Venezuela.

20 La liberación definitiva de esta región frustró la articulación de las fuerzas realistas del río con las del coronel Francisco Warleta, que atacaba a Antioquia. Si así hubiera ocurrido, las implicaciones militares serían gravísimas para la causa patriota en ambos territorios.

y experiencias eran pocos en cuanto a las armas de fuego. Y aconteció que, al igual que en el puerto de Honda, las maestranzas se difundieron con la guerra en diversos poblados, inmediatas a los cuarteles que las requirieron. Allí, además de reparar armas, las fabricaron y hasta construyeron y repararon embarcaciones. La santaferña, en especial, requirió ser la de mayor esfuerzo productivo, porque allí estaba la base del suministro para atender los pedidos de las guerras regionales.²¹

Los enemigos

Antes de que se escucharan los primeros disparos, el coronel José María Barreiro vivió a España con el apoyo de los demás prisioneros que esperaban su turno, mientras los espectadores replicaron con gritos más nutridos de “viva la patria” y “mueran los godos” (Gutiérrez Ardila, 2019, p. 117).

Los “godos”, ese apelativo al realista como el enemigo visible o semioculto, lo encontraron Fortoul y Mantilla dentro de los vecindarios que abarcaron. En sus cartas no figuró acompañado de calificativos que expresaran odio o una percepción despectiva, sino otra valoración, la de ser un obstáculo a sus propósitos. Sirve de ilustración la frase “condenados godos” del primero de los citados, al referirse al “caballero Latorre”, que con sus tropas había ocupado a Cúcuta y no quería abandonarla. Igual podría haber escrito Mantilla de quien comandaba las tropas realistas, que pretendían remontar el Magdalena para adueñarse de su territorio. Más bien los mencionó en otro sentido: “¡Ah godos! Que hasta de este modo nos combaten”; se refería a los realistas de Honda, en un episodio en el que ellos ponían en tela de juicio la fidelidad de un patriota, para él, de intachable conducta. En cuanto a Córdoba, sin utilizar la palabra godo, en una ocasión llamó cobarde a Warleta, por atacarlo cuando sufrió su accidente y, en otra, “¡pobre diablo!”, luego de vencerlo en Chorros Blancos. Hay que agregar que Fortoul llamó asesina a una guerrilla realista por degollar a “algunos hombres de bien” en poblados del nororiente. Los calificativos tanto de “asesina” como de “hombres de bien” fueron su manera

21 Su actividad la reportó Santander a Bolívar en el mes de octubre de 1819: “Los ingleses no habían marchado porque no hay monturas, frenos ni armas, la maestranza no ha podido hacerlo todo, habiendo trabajado extraordinariamente en hacer fornituras completas, morriones, monturas para oficiales, lanzas, fusiles, montajes de artillería, etc., y cuanto ha sido preciso para hacer marchar al director, capitán Barrionuevo a Honda a armar los buques de guerra que deben cubrir el Magdalena” (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio...I, p. 163).

de rechazar el acto, por ser una práctica bélica extrema a la cual su bando probablemente no recurría.²²

Visto bajo las anteriores referencias, hay que agregar la particularidad de que el enemigo no fue mencionado con frecuencia en los contenidos de los epistolarios, más bien sus autores se dedicaron a exponer los laboriosos preparativos militares. En estas condiciones, el rival fue un trasfondo de las realidades descritas, figuró cuando se le enfrentó o siendo un civil se le reprimió. Su imagen tenue aparece cauta para no exponerse al riesgo y emerge al figurar en la confrontación. Igual que aconteció lo anterior, en algunas referencias del contrario estuvo presente la actitud del comandante, orgulloso de la superioridad militar con la que contaba. Este fue el caso de Córdova frente a Warleta y Tolrá, satisfecho de considerarlo en inferioridad de condiciones después de determinados resultados. “Me habla usted de Warleta y sus trecientos hombres para salvar a Mompox; ¡pobre diablo! Buen cuidado tendrá él de escaparse siquiera con cien hombres que le han quedado buenos [...]”. La cita corresponde al contexto en el cual Córdova ha dejado a Antioquia libre del peligro realista y se encuentra integrado al proceso de terminar de desalojar al enemigo del río Magdalena. El éxito de las acciones le permite mostrar a Santander su complacencia. En otro aparte, la alusión es igual: “¿Qué le parece a usted el señor coronel Tolrá, que con doscientos hombres se deja batir de treinta?” (Cortázar, V, pp. 33, 42).

En cuanto a los civiles godos existentes al interior de las comunidades regionales, quienes consideraron necesario informar respecto a ellos y las medidas tomadas, fueron Mantilla y Fortoul, mas no Córdova. Al respecto, el primero de los citados narró que los obligó a pagar un “donativo” gravoso, les impuso la quema de un retrato de Fernando VII en un acto público y los valoró como falsos patriotas, al conceptuar que encubrían su ideología. Consideró

²² Lo que sí hizo fue cortar la cabeza del comandante enemigo que había sido vencido en combate y llevada para exponerla en público, tal como procedió, en Honda, Mantilla, “para satisfacción de sus habitantes”. Por cierto, uno y otro comportamiento hacían parte de la forma de hacer una guerra, en la cual, las reglas éticas no eran otras que comportarse con el mismo rigor del rival, para producir efectos atemorizantes, de fortaleza y de orgullo propio, ya fuese sobre las tropas propias y enemigas o en la población civil.

pertinente tratar estos aspectos, porque afirmó haberse encontrado con unos poderes locales donde los godos eran un grupo fuerte en su contra.²³

La relación con las regiones

Yo me mantengo bueno y pasándolo perfectamente bien; buena casa, buenos caballos, el Parnaso, los Campos Elíseos, de todo, de todo, [...] (carta de José María Córdova a Santander, Rionegro, octubre 10 de 1819).

Por contraste con Fortoul y Mantilla, Córdova en su Antioquia no consideró pertinente expresar que tuviese resistencias para proveer su tropa, únicamente informó que la pagaba a través de la Tesorería a dos reales diarios por soldado y luego pensaba “racionarla”. El origen básico de los fondos en esa dependencia eran las rentas de tabaco y aguardiente y la apropiación de los diezmos. Es decir, para tan esencial tema debió resolverlo probablemente con el soporte de una población dúctil, en especial su sector dirigente.²⁴

En cambio, respecto a Córdova, Mantilla llegó al Magdalena Medio y careció de ganado suficiente para su necesidad y se vio forzado a quejarse del gobernador de Neiva por negarse a suministrarlo.²⁵ Fortoul por su parte enfrentó necesidades muy superiores a los otros dos comandantes y hasta debió él mismo dedicarse a recoger suministros. Al respecto escribió: “[...] ya no tenía el lenguaje para pedir víveres a los comisionados que tengo en los pueblos, y cada día al paso que aumenta el ejército se disminuían las

23 No es de extrañar que, con lo escrito por Mantilla, Santander quedara con un mal concepto sobre el vecindario de Honda y, por tanto, llamó a este puerto una “ciudad chispera”, donde “Cuatro egoístas y cuatro godos turban demasiado la tranquilidad” (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio..., I, p. 208). Esta presencia del realismo con diferencias en su fortaleza en todos los poblados neogranadinos pereció cuando se encontró la acción expansiva de la conquista patriota. Su preexistencia correspondió a una división en las sociedades locales, que antecedió a la fase de la restauración de la monarquía con su gobierno virreinal.

24 Su inexperiencia gubernamental y la “bastante oposición a que un joven sin principios, desde muy pequeño en las armas, pueda mandar un pueblo” no pasaron de ser comentarios tomados de la opinión pública, al no trascender a la hora de obedecer lo que él determinase (Cortázar, V, p. 46).

25 La necesidad de Mantilla en esa fase de su gestión consistió en “[...] mantener 200 reclutas que hay hoy, 100 y más guías, 100 marinos y otros tantos peones, para Angostura, maestranza y operarios de buques para dos meses”. Muchos y variados eran entonces los comensales integrados para afrontar un rival amenazante y expectante que pretendía remontar el Magdalena.

provisiones, me fue preciso salir de la capital a recorrer los campos y pueblos en solicitud de ellos, y he logrado coleccionar muy cerca de mil reses, algunas harinas y menestra [...].”²⁶

El esfuerzo militar para proporcionar las condiciones en las que se quiso tener a la tropa fue grande. Ella era una consumidora incesante que no daba espera, y de una u otra forma se le aportó aquello que se consideró básico. Fortoul en especial se refirió a ello: “[...] es muy difícil aún proporcionar la subsistencia en los mil hombres en el estado de decadencia a que han llegado las rentas [...]”. No lo hizo una sola vez, sino frecuentemente con alusiones indicativas de cuanto le fue necesario hacer: “He mandado a comprar 250 cobijas a Tunja”; “Las cachuchas de cazadores son de paño con visera [...] me sale a 8 reales vara de más de seis cuartas”; “dispongo de mucha parte de los morriones de suela y con sus carrilleras y los vestidos y el menaje”; “pido que me mande las cartucheras y tahalíes”, “Van todos con su morrión de suela carrillera y penacho, dos vestidos, cuatro pares de alpargatas”. ¿Y en el Magdalena Medio?: “[...] he hecho preparar cuarteles y cuento con más de trescientas reses, caballos, etc.; también pedí mulas para llevar trescientos fusiles, y que estén listos peones que deben llevarlos por la montaña [...]”; “El Espinal me provee de carne, balsas y bogas que son tan necesarios hoy [...]”; “Puede contar con noventa Guías armados de ricas lanzas, de cubos muy bien hechos a su gusto, banderolas encarnadas, bien vestidos, buenas monturas y rangas de lo mejor que tiene Mariquita [...]”; “Los vestidos hacen notable falta porque los reclutas están en calzón blanco y sin camisa, como andan aquí todos”; “[...] en tres días harán toldos, los recorrerán con estopas, brea y descansarán un algo los bogas. Algunas baquetas de fusil y tornillos, que venían falsos, y rastrillos destemplados, irán mañana a componerse a Honda, y entre tanto estamos echando muchas balsas con cuanto podemos”; “Los víveres, que tan afanado me tenían, sobran con la llegada de las galletas y mucha harina de maíz tostado que hemos acopiado”.

²⁶ Su cita proviene de los días finales del mes de noviembre de 1819, cuanto se admiró de su esfuerzo. Por supuesto cada comandante sabía que parte de la estabilidad de su tropa estaba en su oportuna alimentación, ese principio elemental de la teoría bélica originado en la antigüedad china. “[...] apresté víveres, alojamientos, cuarteles y demás para que nada falte y no haya motivo para la más leve queja”. Continuó Fortoul mostrándole a Santander su empeño para dar el mejor bienestar a su tropa (Cortázar, VI, pp. 53, 62, 68).

Ahora bien, las regiones respecto a sus condiciones geográficas y climáticas, como es obvio advertirlo, difirieron y ellas incidieron en el bienestar de los contingentes militares. Las más contraproducentes se presentaron en el territorio ribereño de Mantilla, ocupado necesariamente por su ubicación estratégica. Limitaba con Antioquia, al sur estaba Ibagué y Neiva, al oriente la capital Santa Fe y río abajo el nororiente neogranadino y la Costa Atlántica. Se trataba, además, de la ruta fluvial principal en su curso medio desde el puerto de Honda a San Pablo y Simití a Honda.²⁷ Por lo tanto, Mantilla se ubicó en Honda y rigió su territorio desde este puerto y lo convirtió en un astillero, una maestranza, un hospital militar y una sede gubernamental para asuntos bélicos y fiscales. De él partían los buques construidos, con sus cañones y tropas y allí regresaban.

La incidencia que tuvo la permanencia de las tropas en las zonas cálidas y malsanas fue enfermarlas de “calenturas” que hicieron indispensable la atención médica y la necesidad de disponer de un hospital. Por supuesto, la situación fue especialmente notoria en el Magdalena Medio, donde su comandante expuso a Santander el retorno constante de soldados palúdicos, tanto, que queda la impresión de haber sido atendidos por el médico muchos más que los militares heridos en las confrontaciones. He aquí una especie de lamento: “Mucho enfermo. Ayer dejé en Nare 47 listos para seguir a Honda y hoy habían llegado a Angostura cerca de 30 que había dejado Maíz atrás en su retirada, y 60 que tengo en Honda, y tanta pobreza” (Cortázar, VII, p. 169).

Menos delicado fue el problema para Córdoba con el grueso de sus tropas en el interior de la provincia, al tener que extraer destacamentos que envió para afrontar la incursión enemiga en Zaragoza y Remedios. Nunca pretendió que allí permaneciesen y, al no hacerlo, regresaron a su base, eso sí, palúdicas, para ser atendidas en el hospital militar. Aunque estableció tropas en Bufú y la Vega de Supía, cuando Santander le pidió que de nuevo enviase una “compañía” a Zaragoza, argumentó que esta ciudad y Nechí eran un “país sumamente enfermo” y gran parte de la tropa enemiga de allí debía estar con hambre por

27 “La seguridad de las provincias liberadas: resistir las tentativas que el enemigo pudiese emprender por el Magdalena: dominar este río, y dar principio a operaciones sobre los pueblos ocupados por los españoles; ha llamado igualmente la atención del gobierno”. Así se expresó Alejandro Osorio, el ministro de Guerra y Hacienda del gobierno de Santander en su Memoria el 31 de diciembre de 1819 (De Boyacá a Cúcuta, 1990, p. 95).

falta de víveres y enferma, por lo tanto, no era una operación militar correcta desalojarla, acción que hubiera podido hacer, pero que por la razón dicha y la zona estar alejada del interior no la había emprendido (Cortázar, V, p. 45).

Al margen de la anterior circunstancia, la nota representativa de las cartas de Córdoba no fueron las condiciones que lo recibieron en Antioquia, sino la de encontrarse muy complacido en Rionegro, su tierra, y con su familia, con un enemigo que había huido y estaba distante en un borde de la provincia; sí lo había perseguido, pero sin correr riesgo. No de otra forma pudo expresarse así el 10 de octubre de 1819: “Yo me tengo bueno y pasándola perfectamente bien: casa, buenos caballos, el Parnaso, los campos Elíseos, de todo, de todo, [...]” (Cortázar, VI, p. 30).²⁸ Era cierto que los patriotas importantes desconfiaban de su juventud pero pronto desvirtuó la presunción de ser derrotado su gobierno y hasta finalizar el año 19 su estadía fue plácida, dedicado al reordenamiento del gobierno, a dirigir la formación de tropas, a estar atento al peligro fronterizo en la malsana Zaragoza y Cáceres, Riosucio y el Chocó.

Fortoul, por su parte, llegó a un nororiente neogranadino de condiciones ambientales mucho más favorables, las mismas que habían permitido, en el pasado, construir a sus habitantes un ámbito provisto de poblados importantes donde permanecer y cumplir su deber en Pamplona y Bucaramanga, mientras que su compañero de armas, el coronel Antonio Morales, construía como gobernante del Socorro contingentes militares. Ambos tenían presencia en dos áreas de un pasado próspero en el siglo previo a 1810, pero, luego de ese año, la región, donde su progreso se fundamentaba en la base familiar de la economía agraria y manufacturera y su comercio de exportación, había padecido las difíciles condiciones de la inestabilidad política y las confrontaciones bélicas de una fracasada Primera República, seguida de la reconquista y restauración monárquica. Con este antecedente de por medio, luego del triunfo de Boyacá, Bolívar había cruzado recientemente con destino a Angostura, transitándola al ritmo de festejos de felicitación y acompañado de un ejército que engrosaba al llegar a un lugar lo más que le fue posible.

28 Tan placenteras condiciones ocurrían a comienzos de octubre de 1819, después de cerca de dos meses de haber arribado y en algo más de tiempo, antes de sufrir el grave accidente por sus demostraciones de pericia en un caballo ante una dama de sus amores. A partir de entonces y al comenzar el año 1820, cesó su “Parnaso” y afrontó la emergencia de la incursión enemiga en su intento fallido de retomar la provincia.

El deber urgente de organizar nuevas tropas para la jurisdicción ocupada y para enviarlas a los destinos que se les señalasen fue realizado en las tres regiones con resultados acordes a sus posibilidades. En el Magdalena Medio, sus menguados poblados en menor proporción; en Antioquia, cumpliéndose el principio de garantizar su seguridad y para la confrontación externa, al desplazarse Córdova por el Magdalena hacia la Costa Atlántica y, por último, en el nororiente neogranadino, erigido en un dominio patriota casi indiscutible, aprovechándose su prolífera población. En síntesis, zonas convertidas en despensas de abastecimiento, con unos costos de tanta consideración que impresiona el sacrificio al que fueron sometidos sus habitantes (Thibaud, 2003, pp. 454-467; Gutiérrez Ardila, 2019, p. 139). No hubo sector social exento y, en particular, sufrieron los dueños de esclavos que en Antioquia los entregaron masivamente, mas no en las otras dos regiones, donde no eran tan significativos. La cuota de 2000 fijada a esta provincia no se alcanzó, pero el alto gobierno aceptó sin reparos a los 1000 recibidos.²⁹

Por supuesto, la trasferecia de recursos perjudicó las economías locales y regionales y humanamente causó sufrimiento y tensión. Aunque la consecuencia sea común a toda región, cada una, en cada lugar y tiempo, poseyó un sello de identidad. En particular, en Antioquia, la correspondencia de Córdova refleja su afán por cumplir las exigencias de dinero para la guerra. El origen de ello eran las medidas dispuestas por Bolívar y Santander, empeñados en sostener su curso en varios frentes, un esfuerzo que por su magnitud y necesidad desesperó al vicepresidente y lo puso en jaque en más de una ocasión.³⁰

29 Un ejemplo de la remisión de esclavos es este fragmento: “Ya le he mandado cuatro partidas de negritos, que forman quinientos hombres; todos son solteros y de esta clase no hay más; hay algunos casados, pero la provincia padece mucho si se toman. A pesar, yo consulté hace dos correos sobre el particular: usted ya lo habrá determinado” (Cortázar; VI, p. 47).

30 Uno de los varios indicios tomado de la correspondencia de Santander a Bolívar en el que se trató el tema; así le dijo el 7 de enero de 1820: “Nada me desespera como el no tener mucho dinero. Todos me piden caudales, y no puedo servir a todos. He mandado a Salom 12 000 pesos [...] aún no sé qué cantidad remitiré a usted [...] usted sabe que la 3.^a División no se pagaba, y que Morillo perecía en Venezuela. Apenas podían enviar de aquí [...] 30 000 pesos cada año. Calcule usted, mi general, ¿qué podré yo hacer manteniendo una porción de tropas estacionarias con las miserables rentas? [...] Usted probó las dificultades que hubo para exigir aquí el completo de los 100 000 pesos enviados a Guayana [...]” (Fundación para la Conmemoración del Bicentenario..., I, pp. 264-265).

Claro está, en todos lados, fuese en Antioquia, en el nordeste neogranadino o en el Magdalena Medio, los comandantes tuvieron a la mano el restablecimiento de los ingresos fiscales, más sus montos les fueron insuficientes y debieron sumarles las donaciones forzadas.³¹ Con ellas se afectaron al conjunto de pudientes y se castigaron con mayores sumas a aquellos considerados realistas. El resultado fue un flujo de dinero adicional para suplir en parte la necesidad de sostener lo mejor posible un ejército, obligación que también debió apoyar Santander remitiendo dinero. Una solicitud como la siguiente, en la que Fortoul solicitó al primo Santander que le enviase, da cuenta de lo difícil que fue tener oportunamente con qué alimentar las tropas.

Nada me importaría si tuviese fondos —señaló Fortoul a Santander—, pero aseguro a usted que es muy difícil aún proporcionar la subsistencia en los mil hombres en el estado de decadencia a que han llegado las rentas: sin embargo, yo estoy persuadido que usted a título de que yo no vaya a quedar mal aunque sea contra cualquiera de los jueces de diezmos [...], me libre alguna suma [...] pues de lo contrario dudo infinitamente el poner este cuerpo en estado que usted lo apetece (Cortázar, VI, p. 72).

Los vecindarios procedieron a dar sus aportes ante la exigencia inevitable por medio de tres recursos esenciales: dinero, trabajo y alimentos. En ellos, las respuestas ante la demanda se fraccionaron, en los que admitieron dar por estar convencidos de la causa política a que estaban destinados, los que eran escépticos, pero no pudieron evitarlo, y los resentidos que tampoco pudieron eludir el compromiso. Por ejemplo, Córdova en Antioquia debió tener más apoyo, aunque manifestó que, “Si el presidente lo trae loco a usted por dinero, y usted a nosotros, yo he apurado mucho esta provincia [...]” (Cortázar, V, p. 31). Para Mantilla tampoco fue fácil en una economía regional basada en el transporte fluvial y, sobre todo, en la producción y venta externa de tabaco afectada por la situación política. Con la salvedad de Honda y Mariquita, sus conglomerados de población eran de poca importancia en el tamaño de los vecindarios y en su capacidad económica. Por estas razones dependió de Santander y de lo que por él mismo podía obtener con dificultad, según se quejó de la falta de compromiso al dar un donativo, porque había que

31 En la última región no fue tan sencilla la labor al presentarse a Mantilla dificultades de variada índole: funcionarios pobres con remuneración insuficiente; un interventor de tabacos y un “factor” sumariados por considerarlos “godos” encubiertos y, por tanto, necesarios de relevar con personas remitidas desde la capital; y el retraso en la remisión de dinero para pagar la cosecha de tabaco, lo que propició así el auge del contrabando.

“mandar a palos” a algunos con dinero para darlo. La resistencia tenía relación con un particular “partido godó” que obstaculizaba su gestión y la no fácil reorganización del rodaje de la “factoría”.

En labores nada agradables como las anteriores, Fortoul se distingue de Córdoba y Mantilla por la abundancia de referencias al recaudo y adquisición de recursos, y a la capacidad de su región para proveerlos. En noviembre 29 del año 19 escribió: “estoy colectando todo caballo sin excepción”, las monturas “se están trabajando con tesón [...] lo mismo los frenos y lanzas”; en enero 8 del año siguiente: “tengo mandadas 1010 arrobas de arroz y continuo haciendo compras de este artículo [...] He mandado construir 2000 vestidos de manta”; en mayo 7: “¿y de dónde habré yo sacado tanto ganado en Pamplona? ¿Se habrán vuelto los venados vacas y toros? Pues, aunque así haya sido, es necesario que de ahora en adelante los ratones también se vuelvan [...]”.

Y ¿qué aconteció en las a regiones respecto al haber llegado a ellas el sentimiento de una patria, distinto al monárquico en que se vivía? Tan trascendental viraje no aparece comentado en la correspondencia, pero aun así la derrota del Régimen español iba paso a paso extendiéndose, esa sociedad que se incorporaba debió además de asumir el compromiso de ser el soporte esencial del ejército ocupante y el que se formase, reconocerse como patriota, no habiendo tiempo de haberse transformado su concepción anterior. Solo pudo estar presente en la mente y apreciación de sus integrantes un escondido afecto o de oposición al experimento fracasado de la Primera República. De una u otra manera, a todos ahora se les exigió sin admitir contradicción alguna fidelidad al nuevo postulado.

Un balance sobre lo dicho

En las anteriores páginas, se ha realizado el experimento de utilizar la correspondencia militar de una fase del largo proceso de la Independencia, asumida de manera comparativa en sus autores, acciones y circunstancias. La elección de ella es la exploración contrastante de tres de las conquistas desatadas sobre las provincias neogranadinas, ocurridas como consecuencia de la gran derrota realista en Boyacá. Al ser parte de una dimensión bélica más amplia en el tiempo, aquí se le ha considerado como el momento Reconquistador Patriota Regional.

La mirada comparativa como metodología se fundamenta en considerar que es inadecuado tener concentrada la mirada en los sucesos bélicos de una sola provincia, cuando su conquista sucede simultáneamente respecto a otras y respecto a un mando central que coordinó las operaciones. Por lo tanto, para el propósito previsto, ha sido elegida la correspondencia remitida a esa autoridad dirigente, los protagonistas regionales de la guerra. La escogencia de dicha fuente es intencional, en tanto se ha querido profundizar en el entramado de la institucionalidad militar y de sus personalidades sobresalientes.

El resultado obtenido es un cuadro abigarrado de aspectos que no agotan la riqueza informativa que ofrece este tipo de fuente. En ella se destacó el acceso a las relaciones interpersonales por parte de Córdoba, Mantilla y Fortoul. Su rasgo característico es la cercanía entre las partes, que facilitó el cumplimiento de los deberes asignados, permitió el trato de temas e intereses personales y posibilitó el envío de oficiales que formaran las nuevas tropas, la remisión de fusiles y demás recursos.

Por supuesto, el contexto de todo fue “una política militarización” de la Nueva Granada que, al aplicarse a tres regiones, le implicaron a Antioquia, al Magdalena Medio y al nororiente neogranadino grandes exigencias, frente a las cuales como respuestas hubo aceptaciones y resistencias, estas últimas superadas por las firmes voluntades de los ejecutantes militares. En realidad, las sociedades regionales se dejan entrever en la correspondencia de manera muy tenue y con este agravante de por medio; nada dice de su reacción ante la imposición del cambio en la cultura política.

En otro sentido, las regiones presentaron condiciones naturales y humanas diversas y según sus rasgos se les exigió sus aportes. Respecto a la formación de nuevas tropas, en el ya incorporado a la causa política nororiente neogranadino, fue mayor la exigencia y el logro. En cambio, Antioquia se destacó en cuanto a sus esclavos y aportes monetarios, en tanto que el Magdalena Medio, con su especialidad monoprodutora de tabaco, sirvió para producir frutos monetarios y su río para propiciar la movilidad.

En síntesis, cada territorio fue un escenario donde se triunfó y pudo ser incorporado al proceso militar extensivo, aportándole a su curso según el potencial con que contó la región.

Bibliografía

Archivo Histórico de Antioquia. Independencia tomo 905 13946.

Anónimo (1820). *El General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada de 1819. Relación escrita por un granadino que la calidad de aventurero, y unido al Estado Mayor del Ejército Libertador, tuvo el honor de presenciarla hasta su conclusión*. Santa Fe: Imprenta del C. B. E. por el C. Nicomedes. Recuperado de <http://www.babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/P17054call10/id/1069>

Cortázar, R. (Comp.). (1985). *Correspondencia dirigida al gobernador Francisco de Paula Santander*. Volúmenes V, VI y VII. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y Sesquicentenario de la Muerte del General Francisco de Paula Santander (1988). *Cartas Santander. Bolívar 1813-1820*, I. Bogotá: Presidencia de la República.

Fundación para la Conmemoración del Bicentenario del Natalicio y Sesquicentenario de la Muerte del General Francisco de Paula Santander (1990). *De Boyacá a Cúcuta Memoria Administrativa 1819-1821*. Bogotá: Presidencia de la República de Colombia.

Gutiérrez Ardila, D. (2019). *1819*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Otero Buitrago, N. (2015). *Tomás Cipriano de Mosquera: análisis de su correspondencia como fuente historiográfica y mecanismo de poder 1845-1878*. Cali: Universidad del Valle.

Rabinovich, A. (2011). El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del río de la Plata: 1810-1829. *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 22(1). Recuperado de <http://eial.taw.acit/index.php/eia/article/view/290>

Rodríguez Plata, H. (1963). *La Provincia del Socorro y la Independencia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Puyo Vasco, F. y Gutiérrez Cely, E. (Eds.). (1983). *Bolívar Día a día (1783-1819)*, tomo I. Bogotá: Procultura.

Thibaud, C. (2003). *República en Armas: los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: IFEA, Planeta.